



LECTIO DIVINA

XV semana del tiempo ordinario
Del 09 al 15 de julio de 2023



“Dios lo siembra todo”

Oración introductoria

Espíritu Santo, ilumina este momento de oración para que sea esa tierra buena dónde fructifique la semilla de tu gracia.

Petición

Señor Jesús, que no endurezca mi corazón, isálvame!

Lectura del libro de Isaías (Is. 55, 10-11)

Esto dice el Señor: «Como bajan la lluvia y la nieve del cielo, y no vuelven allá sino después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al sembrador y pan al que come, así será mi palabra, que sale de mí boca: no volverá a mi vacía, sino que cumplirá mi deseo y llevará a cabo mi encargo».

Salmo (Sal 64, 10abcd. 10e-11. 12-13. 14)

La semilla cayó en tierra buena y dio fruto.

Tú cuidas la tierra, la riegas y la enriqueces sin medida; la acequia de Dios va llena de agua, preparas los trigales. R.

Así preparas la tierra. Riegas los surcos, igualas los terrones, tu llovizna los deja mullidos, bendices sus brotes. R.

Coronas el año con tus bienes, tus carriles rezuman abundancia; rezuman los pastos del páramo, y las colinas se orlan de alegría. R.

Las praderas se cubren de rebaños, y los valles se visten de mieses, que aclaman y cantan. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 8, 18-23)

Hermanos: Considero que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará. Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto. Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 13, 1-23)

Un día salió Jesús de la casa donde se hospedaba y se sentó a la orilla del mar. Se reunió en torno suyo tanta gente, que él se vio obligado a subir a una barca, donde se sentó, mientras la gente permanecía en la orilla. Entonces Jesús les habló de muchas cosas en parábolas y les dijo: “Una vez salió un sembrador a sembrar, y al ir arrojando la semilla, unos granos cayeron a lo largo del camino; vinieron los pájaros y se los comieron. Otros granos cayeron en terreno pedregoso, que tenía poca tierra; ahí germinaron pronto, porque la tierra no era gruesa; pero cuando subió el sol, los brotes se marchitaron, y como no tenían raíces, se secaron. Otros cayeron sobre espinos, y cuando los espinos crecieron, sofocaron las plantitas. Otros granos cayeron en tierra buena y dieron fruto: unos,

ciento por uno; otros, sesenta; y otros, treinta. El que tenga oídos, que oiga”. Después se le acercaron sus discípulos y le preguntaron: “¿Por qué les hablas en parábolas?” Él les respondió: “A ustedes se les ha concedido conocer los misterios del Reino de los cielos, pero a ellos no. Al que tiene, se le dará en abundancia; pero al que tiene poco, aún eso poco se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo, no ven y oyendo no oyen ni entienden. En ellos se cumple aquella profecía de Isaías que dice: *Oirán una y otra vez y no entenderán; mirarán y volverán a mirar, pero no verán; porque este pueblo ha endurecido su corazón, ha cerrado sus ojos y tapado sus oídos, con el fin de no ver con los ojos, ni oír con los oídos, ni comprender con el corazón. Porque no quieren convertirse ni que yo los salve.* Pero, dichosos ustedes, porque sus ojos ven y sus oídos oyen. Yo les aseguro que muchos profetas y muchos justos desearon ver lo que ustedes ven y no lo vieron, y oír lo que ustedes oyen y no lo oyeron. Escuchen, pues, ustedes, lo que significa la parábola del sembrador. A todo hombre que oye la palabra del Reino y no la entiende, le llega el diablo y le arrebató lo sembrado en su corazón. Esto es lo que significan los granos que cayeron a lo largo del camino. Lo sembrado sobre terreno pedregoso, significa al que oye la palabra, y la acepta inmediatamente con alegría; pero, como es inconstante, no la deja echar raíces, y apenas le viene una tribulación o una persecución por causa de la palabra, sucumbe. Lo sembrado entre espinos representa aquel que oye la palabra, pero las preocupaciones de la vida y la seducción de las riquezas la sofocan y se queda sin fruto. En cambio, lo sembrado en tierra buena, representa a quienes oyen la palabra, la entienden y dan fruto: unos, el ciento por uno; otros, el sesenta; y otros, el treinta”.

Releemos el evangelio

Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179)

abadesa benedictina y doctora de la Iglesia

Scivias, el Libro de las Obras Divinas, 4 (in "Hildegarde de Bingen, Prophète et docteur pour le troisième millénaire", Béatitudes, 2012), trad. sc@evangelizo.org

¿Cómo cultivas el campo de tu corazón?

Aquel que acepta de buen grado la semilla de mis palabras, como a un buen campo, le acuerdo los dones del Espíritu Santo en sobreabundancia. Pero al que a veces recibe mis palabras y otras las refuta, es como un campo que en ocasiones reverdece y en otras se deseca.

¡Muéstrame cómo laboras el campo de tu corazón y cómo lo cultivas! Si tu trabajo interior me gusta, te ofreceré una excelente cosecha. Según tu trabajo, será tu cosecha y tu recompensa. ¿Puedo dar fruto en la tierra sin trabajo? Igualmente, no te daré fruto, oh hombre, sin la fatiga del trabajo. Porque has recibido de mi lo que te permite trabajar tu alma.

Algunas personas piensan que pueden ser todo lo que quieren, negando examinar lo que son y lo que pueden hacer, sin consultar a Aquel que los ha formado, su Dios...Quieren tratar a Dios como a un siervo que cumple enteramente sus voluntades. No quiero acordar mis dones ni sembrar un campo vacío, en un hombre que trata de unirse a mí con orgullo, haciendo en la alienación de su ignorancia como si no me conociese...

Oh hombre, ¿por qué no has mirado el campo de tu alma y sacaste las hierbas inútiles, espinas y ronzas, invocándome y examinándote a ti mismo, en vez de venir a mí como ebrio, loco,

ignorándote tu mismo? No puedes terminar ninguna obra de luz sin mi auxilio. (...) Sin mí, no puedes hacer nada...

Palabras del Santo Padre Francisco

«Que el anuncio de la belleza, de la alegría y de la novedad del Evangelio, tanto explícito como implícito, abarque todas las situaciones de la aventura humana. No tengáis miedo de dar testimonio de Jesús aun cuando sea incómodo o poco conveniente. Pero testimoniario con toda la vida, no con métodos empresariales que parecen más una mística de proselitismo que una verdadera evangelización. No olvidéis que el protagonista de la evangelización es el Espíritu Santo... El Señor sabrá encontrar la manera de arraigar esa pequeña semilla que es su nombre pronunciado en el amor por un misionero o una misionera y transformarla poco a poco en una planta de fe sólida a cuya sombra tantos podrán descansar.» *(Discurso de S.S. Francisco, 30 de septiembre de 2019).*

Meditación

Benditos apóstoles que después de escuchar una parábola y no entender, simplemente, cuando se iba la gente, se acercaban con Jesús y le pedían que les explicara. ¡Qué delicia poder hacer esto! Nosotros también podemos, según la fe que tengamos en Jesús.

Jesús, antes de hacer sus milagros, quería ver cómo estaba la fe de aquella persona. Les preguntaba si creía que Él lo podía curar. De igual manera lo hace con nosotros. Si creemos que nos puede explicar, hablar, sanar, curar, amar, salvar... lo hará, así de sencillo es para Él. Aunque para nosotros implica preguntar con fe.

Entonces Jesús se pone a explicarles la parábola del sembrado. Y va explicando la situación de cada semilla que el sembrador ha

tirado. Primero la que cae en terreno pedregoso, después la que cae en espinos y al final la que cae en tierra buena.

El Sembrador sale a sembrarse a sí mismo. Cuando explica la parábola, en los tres casos hace referencia a alguien que «oye la palabra», «lo sembrado sobre terreno pedregoso, significa al que «oye la palabra». Él, literalmente, es la Palabra. Jesús se está sembrando a sí mismo. Se quiere sembrar en los corazones, en nuestros corazones. Quiere crecer ahí. Nos prevé de los males que nos alejan de Él. Pero Él no quiere estar separado de nosotros.

Quiere que reguemos y trabajemos la tierra para que sea buena, y cuando caiga la semilla, pueda Él mismo crecer y habitar con nosotros. Nos ama tanto y nos lo repite de muchas maneras distintas. Él solo quiere amarnos y estar con nosotros.

Oración final

Señor, tu parábola del sembrador, nos enseña a cada uno de nosotros, los caminos de nuestra vida, la dureza del vivir cotidiano, las dificultades y los momentos de docilidad y que constituye nuestro paisaje interior. Todos somos, muchas veces: caminos, pedregales y espinas. Pero también tierra fértil, buena. Líbranos de la tentación de las potencias negativas que intentan anular la fuerza de tu palabra. Fortifica nuestra voluntad cuando las emociones fugitivas, inconstancias hacen menos eficaz la seducción de tu Palabra.

Ayúdanos a conservar el gozo que el encuentro con tu Palabra sabe engendrar en nuestro corazón. Haz fuerte nuestro corazón para que en la tribulación no nos sintamos indefensos y expuestos al desánimo. Danos la fuerza de resistir a los obstáculos que ponemos a tu Palabra cuando sobrevienen las preocupaciones del mundo o

estamos engañados por el brillo del dinero, seducidos por el placer, por las vanidades de aparentar. Conviértenos en terreno bueno, personas acogedoras, para ser capaces de ofrecer nuestro servicio a tu Palabra. Amén

LUNES, 17 DE JULIO DE 2023

El centro del amor

Oración introductoria

Señor, concédeme tu gracia para no dejar que nada ni nadie ocupe el centro que te corresponde en mi vida.

Petición

Señor, ¡haz que yo abrace esta vida que me propones!
¡Ayúdame a aprender a renunciar a mí mismo!

Lecturas del libro del Éxodo (Ex. 1, 8-14. 22)

En aquellos días, surgió en Egipto un faraón nuevo que no había conocido a José, y dijo a su pueblo: «Mirad, el pueblo de los hijos de Israel es más numeroso y fuerte que nosotros: obremos astutamente contra él, para que no se multiplique más; no vaya a declararse una guerra y se alíe nuestros enemigos, nos ataque y después se marche del país». Así, pues, nombraron capataces que los oprimieron con cargas, en la construcción de las ciudades granero, Pitón y Ramsés. Pero, cuanto más los oprimían, ellos crecían y se propagaban más, de modo que los egipcios sintieron aversión hacia los israelitas. Los egipcios esclavizaron a los hijos de Israel con crueldad y les amargaron su vida con el duro trabajo del barro y de

los ladrillos y con toda clase de faenas del campo; los esclavizaron con trabajos crueles. Y el faraón ordenó a todo su pueblo: «Cuando nazca un niño, echadlo al Nilo; si es niña, dejadla con vida».

Salmo (Sal 123, 1-3. 4-6. 7-8)

Nuestro auxilio es el nombre del Señor.

Si el Señor no hubiera estado de nuestra parte - que lo diga Israel -, si el Señor no hubiera estado de nuestra parte, cuando nos asaltaban los hombres, nos habrían tragado vivos: tanto ardía su ira contra nosotros. R.

Nos habrían arrollado las aguas, llegándonos el torrente hasta el cuello; nos habrían llegado hasta el cuello las aguas espumantes. Bendito el Señor, que no nos entregó en presa a sus dientes. R.

Hemos salvado la vida, como un pájaro de la trampa del cazador: la trampa se rompió, y escapamos. Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 10, 34-11,1)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «No penséis que he venido a la tierra a sembrar paz; no he venido a sembrar paz, sino espada. He venido a enemistar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; los enemigos de cada uno serán los de su propia casa. El que quiere a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará. El que os recibe a vosotros, me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe

a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, sólo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa». Cuando Jesús acabó de dar instrucciones a sus doce discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades.

Releemos el evangelio

Santa Hildegarda de Bingen (1098-1179)

abadesa benedictina y doctora de la Iglesia

Scivias, el Libro de las Obras Divinas, 6 (in “Hildegarde de Bingen, Prophète et docteur pour le troisième millénaire”, Béatitudes, 2012), trad. sc@evangelizo.org

Combatir para permanecer en el Dios verdadero

[Santa Hildegarde presenta una visión en la que vicio y virtudes se responden]

-La cobardía: “No tomaré ningún riesgo, por miedo a ser exiliada y privada de protector. Si me expusiera a las ofensas de los otros, perdería mis medios de existencia y sería privada de mis amigos. Honro a nobles y ricos, no me ocupo de los santos y pobres, porque no pueden darme nada. Quiero estar en paz con todos para no arriesgarme a perecer. Si combatiera, me responderían, si hiciera mal, me harían más todavía. Por eso me quedo tranquila: me hagan bien o mal, me quedo callada. Es mejor para mí mentir que decir la verdad, mejor ganar que perder y evitar a los fuertes que combatirlos. ¿Para que empezar lo que no podré terminar? (...)”

-Valor o coraje: “Divagando, embrutecido por el miedo, partiste en exilio y has engañado al hombre...No tienes honestidad.

Yo tengo la espada de las virtudes de Dios con la que destruyo las injusticias... No quiero una vida estancada en el lodo y las vanidades del mundo, sino deseo venir al manantial que fluye... Combato a la vieja serpiente y sus restos, con el misterio de la Divina Escritura, para permanecer en el Dios verdadero...”

La cobardía sigue a la dureza como una desagradable mancha. El hombre cobarde no quiere oponerse a los vicios, sino que los atrae por su pereza. Los cobardes, en su insignificancia, se creen honestos. En realidad, aman la pereza, no piensan en hacer ningún bien sino que se vuelven hacia la murmuración. Se pegan cobardemente a las insinuaciones y calumnias y las agrandan, al punto que eso ocupa sus corazones. Cambian por el propio placer, la confianza que tendrían que tener en la ayuda de Dios y de los hombres.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Pero Jesús nos recuerda que su vía es la vía del amor, y no existe el verdadero amor sin sacrificio de sí mismo. Estamos llamados a no dejarnos absorber por la visión de este mundo, sino a ser cada vez más conscientes de la necesidad y de la fatiga para nosotros cristianos de caminar siempre a contracorriente y cuesta arriba. Jesús completa su propuesta con palabras que expresan una gran sabiduría siempre válida, porque desafían la mentalidad y los comportamientos egocéntricos. Él exhorta: “Quien quiera salvar su vida, la perderá, pero quien pierda su vida por mí, la encontrará”. En esta paradoja está contenida la regla de oro que Dios ha inscrito en la naturaleza humana creada en Cristo: la regla de que solo el amor da sentido y felicidad a la vida.» (*Ángelus de S.S. Francisco, 3 de septiembre de 2017*).

Meditación

Este es un pasaje difícil de entender. ¿Jesús hablándonos de enfrentamiento con mis hermanos? ¿Cómo interpretarlo? Sugiero que comencemos al revés, es decir, por el final. El Evangelio nos menciona claramente que Jesús estaba dando instrucciones a sus discípulos. No estaba hablando a un público en general. Estaba, más bien, formando a aquellos a quienes correspondería llevar su mensaje por todos los pueblos.

¿Y qué les decía? «Quien los recibe a ustedes, me recibe a mí; y quien me recibe a mí, recibe al que me ha enviado». Esto es: ninguno de los apóstoles será acogido por ser el más apto, o el más astuto, o el más inteligente. No. Todo cuanto reciban les vendrá por el hecho de anunciar a Cristo, del mismo modo que Cristo es quien es porque nos anuncia al Padre, que lo envió. Hay aquí un elemento de lealtad que vale la pena profundizar en nuestra oración. Lo que vemos es, en la práctica, la nueva alianza que Dios establece con los hombres, en su Hijo.

Llegamos, después, al núcleo del mensaje, es decir, al centro del amor. No es coincidencia que, se lea como se lea, estos versículos están a la mitad de las palabras de Jesús. En resumen, lo que Él está diciendo es que si colocamos cualquier amor por encima del que le mostramos a Él, no somos dignos de su amor. No es simplemente que Jesús esté teniendo un desplante de celos. Antes bien, está mostrándonos la verdadera jerarquía del amor. Es esta también la experiencia del pueblo de Israel: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas». Primero amar a Dios; es desde ahí que saldrán y se ordenarán los demás amores de nuestra vida.

Y ahora la parte final, que no parece tan dura después de entender la radicalidad del amor al que Jesús nos llama. Pues, en efecto, la guerra se da cuando los hombres amamos nuestros ídolos, sean cuales sean. Cuando olvidamos que a Dios le corresponde ocupar su trono en nuestra vida, es inevitable que enfrentemos dificultades. San Pablo interpretó muy bien esto cuando afirmó: «Nada ni nadie nos separará del amor de Dios en Cristo Jesús». Así pues, medita qué tanto le concedes a Dios su puesto, qué tanto has dejado permear su amor en toda tu vida.

Oración final

Señor, dichosos los que moran en tu casa
y pueden alabarte siempre;
dichoso el que saca de ti fuerzas
cuando piensa en las subidas. (Sal 84,5-6)

MARTES, 18 DE JULIO DE 2023

Un recordatorio importante

Oración introductoria

Señor, me pongo a tus pies implorando tu cariño. Quiero llorar mis pecados y limpiarte con mis lágrimas, esperando que Tú me mirarás con tus ojos de Padre y me iluminarás en esta meditación de hoy. Dame la gracia del amor puro, verdadero y desinteresado que Tú me has tenido.

Petición

Señor, enséñame a juzgar el valor de las cosas y de los acontecimientos a la luz de la eternidad.

Lectura del libro del Éxodo (Ex. 2, 1-15ª)

En aquellos días, un hombre de la tribu de Leví se casó con una mujer de la misma tribu. Ella concibió y dio a luz un niño. Viendo que era hermoso, lo tuvo escondido tres meses. Pero, no pudiendo tenerlo escondido por más tiempo, tomó una cesta de mimbre, la embadurnó de barro y pez, colocó en ella a la criatura, y la depositó entre los juncos, junto a la orilla del Nilo. Una hermana del niño observaba a distancia para ver en qué paraba todo aquello. La hija del faraón bajó a bañarse en el Nilo, mientras sus criadas la seguían por la orilla del río. Al descubrir la cesta entre los juncos, mandó una criada a recogerla. La abrió, miró dentro, y encontró un niño llorando. Conmovida, comentó: «Es un niño de los hebreos». Entonces, la hermana del niño dijo a la hija del faraón: «¿Quieres que vaya a buscarle una nodriza hebrea que críe al niño?». Respondió la hija del faraón: «Vete». La muchacha fue y llamó a la madre del niño. La hija del faraón le dijo: «Llévate al niño y críamelos, y yo te pagaré». La mujer tomó al niño y lo crió. Cuando creció el muchacho, se lo llevó a la hija del faraón, que lo adoptó como hijo y lo llamó Moisés, diciendo: «lo he sacado del agua». Pasaron los años. Un día, cuando Moisés ya era mayor, fue adonde estaban sus hermanos y los encontró transportando cargas. Y vio cómo un egipcio maltrataba a un hebreo, uno de sus hermanos. Miró a un lado y a otro, y, viendo que no había nadie, mató al egipcio y lo enterró en la arena. Al día siguiente, salió y encontró a dos hebreos riñendo, y dijo al culpable: «¿Por qué golpeas a tu compañero?». Él le contestó: «¿Quién te ha nombrado jefe y juez nuestro? ¿Es que pretendes matarme como mataste al egipcio?». Moisés se asustó y pensó: «Seguro que saben lo ocurrido». Cuando el

faraón se enteró del hecho, buscó a Moisés para matarlo. Pero Moisés huyó del faraón y se refugió en la tierra de Madián.

Salmo (Sal 68, 3. 14. 30-31. 33-34)

Los humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.

Me estoy hundiendo en un cieno profundo y no puedo hacer pie; he entrado en la hondura del agua, me arrastra la corriente. R.

Mi oración se dirige a ti, Señor, el día de tu favor; que me escuche tu gran bondad, que tu fidelidad me ayude. R.

Yo soy un pobre malherido; Dios mío, tu salvación me levante. Alabaré el nombre de Dios con cantos, proclamaré su grandeza con acción de gracias. R.

Miradlo, los humildes, y alegraos, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. R

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 11, 20-24)

En aquel tiempo, se puso Jesús a recriminar a las ciudades donde había hecho la mayor parte de sus milagros, porque no se habían convertido: «¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que, en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido, cubiertas de sayal y ceniza. Pues os digo que el día del juicio les será más llevadero a Tiro y a Sidón que a vosotras. Y tú, Cafarnaún, ¿piensas escalar el cielo? Bajarás al abismo. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que, en ti, habría durado hasta hoy. Pues os digo que el día del juicio le será más llevadero a Sodoma que a ti».

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Libro XIII (SC 212, Morales sur Job, Cerf, 1974)

Una advertencia dada por amor

“También yo hablaría como ustedes, si ustedes estuvieran en mi lugar. Los ensordecería con palabras y les haría gestos de conmiseración. Los reconfortaría con mi boca y mis labios no dejarían de moverse. Pero si hablo, no se alivia mi dolor; si me callo, tampoco se aparta de mí” (Jb 16,4-6). Algunas veces ante los espíritus deshonestos que no puede enderezar la predicación de los hombres, es necesario desear con toda bondad, la intervención de Dios. Con el celo de un gran amor, no se pide un castigo por el perdido, sino una advertencia, no una maldición sino una oración.

Observemos que Job no dice “que yo estuviera en su lugar” sino “si ustedes estuvieran en mi lugar”. Lo que quería era la elevación aquellos a los que había deseado una suerte semejante a la suya. Consolamos a los espíritus deshonestos en medio de las flagelaciones, cuando les hacemos ver que los golpes del exterior afirman su salvación. Asentimos con la cabeza cuando se mueve su espíritu, que es lo que dirige nuestro ser hacia la compasión. Lo fortificamos en medio de las flagelaciones cuando clamamos la violencia de su dolor por la suavidad de nuestras palabras.

Encontramos hombres que, por estar cerrados a la vida interior, se encuentran abatidos por los golpes del exterior hasta la desesperación. Por eso el salmista dice “No resistieron en las penas”, ya que sólo resiste las penas exteriores aquel que pide siempre su alegría y esperanza interior.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Sorprende ver cómo, después de 28 siglos, estas advertencias conservan toda su actualidad. De hecho, también hoy día la “cultura del bienestar [...] nos lleva a pensar en nosotros mismos, nos hace insensibles al grito de los otros, [...] lleva a la indiferencia hacia los otros, o mejor, lleva a la globalización de la indiferencia” [...] Pero como cristianos no podemos permanecer indiferentes ante el drama de las viejas y nuevas pobreza, de las soledades más oscuras, del desprecio y de la discriminación de quienes no pertenecen a “nuestro” grupo. No podemos permanecer insensibles, con el corazón anestesiado, ante la miseria de tantas personas inocentes. No podemos sino llorar. No podemos dejar de reaccionar. Pidámosle al Señor la gracia de llorar, la gracia de aquel llanto que convierte el corazón ante esos pecados. Si queremos ser hombres y mujeres de Dios, como le pide san Pablo a Timoteo, debemos guardar “el mandamiento sin mancha ni reproche hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo”; y el mandamiento es amar a Dios y amar al prójimo. No podemos separarlos. Y amar al prójimo como a uno mismo significa también comprometerse seriamente en la construcción de un mundo más justo, donde todos puedan acceder a los bienes de la tierra, donde todos tengan la posibilidad de realizarse como personas y como familias, donde los derechos fundamentales y la dignidad estén garantizados para todos.» *(Homilía de S.S. Francisco, 29 de septiembre de 2019).*

Meditación

¡Qué duras palabras, Señor! Yo soy Corozáin. Yo soy Betsaida. ¿Qué me ha sucedido? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Este Evangelio no es para deprimirnos ni para angustiarnos por el infierno. Este Evangelio es tan solo un nuevo recordatorio del

Señor de que no por el hecho de llamarnos cristianos vamos a llegar al Cielo. «Velad y orad». Mira que es fácil criticar este mundo y todos sus errores. Con frecuencia señalamos a Tiro y Sidón como ciudades paganas y pecadoras, y nos regocijamos farisaicamente de que nosotros formamos parte del pueblo elegido de Dios.

¡Y somos el Pueblo elegido de Dios! Nosotros somos Cafarnaúm. Pero Cafarnaúm no debe olvidar que para escalar el Cielo se debe trabajar mucho. Especialmente, debe trabajar la humildad para implorar perdón y ayuda de Dios.

¡Cuántas personas de otras culturas, religiones y estratos sociales no habrían sido grandes santos si hubiesen tenido la oportunidad de vivir nuestra vida y circunstancias! ¡Cuántos milagros no ha hecho Dios en nuestra vida y, sin embargo, seguimos viviendo con frialdad!

Pidamos al Señor la gracia de reconocer los milagros que ha realizado en nosotros para que salgamos afuera a predicarlos como auténticos apóstoles.

Oración final

¡Grande es Yahvé y muy digno de alabanza!
En la ciudad de nuestro Dios está su monte santo,
hermosa colina, alegría de toda la tierra. (Sal 48,2-3)

MIÉRCOLES, 19 DE JULIO DE 2023
¡Padre mío!

Oración introductoria

Jesús, enséñame a gozar de Dios Padre.

Petición

Señor, abre mi corazón a un conocimiento más profundo y experiencial de Ti.

Lectura del libro del Éxodo (Ex. 3, 1-6. 9-12)

En aquellos días, Moisés pastoreaba el rebaño de su suegro Jetró, sacerdote de Madián. Llevó el rebaño trashumando por el desierto hasta llegar a Horeb, la montaña de Dios. El ángel del Señor se le apareció en una llamarada entre las zarzas. Moisés se fijó: la zarza ardía sin consumirse. Moisés se dijo: «Voy a acercarme a mirar este espectáculo admirable, a ver por qué no se quema la zarza». Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, lo llamó desde la zarza: «Moisés, Moisés». Respondió él: «Aquí estoy». Dijo Dios: «No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado». Y añadió: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob». Moisés se tapó la cara, porque temía ver a Dios. El Señor le dijo: «El clamor de los israelitas ha llegado a mí, y he visto cómo los tiranizan los egipcios. Y ahora marcha, te envié al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel». Moisés replicó a Dios: «¿Quién soy yo para acudir al faraón o para sacar a los hijos de Israel de Egipto?». Respondió Dios: «Yo estoy contigo; y esta es la señal de que yo te envié: cuando saques al pueblo de Egipto, daréis culto a Dios en esta montaña».

Salmo (Sal 102, 1-2. 3-4. 6-7)

El Señor es compasivo y misericordioso.

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. R.

Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. R.

El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos; enseñó sus caminos a Moisés y sus hazañas a los hijos de Israel. R

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 11, 25-27)

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y se las has revelado a los pequeños. Si, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar».

Releemos el evangelio

Santa Faustina Kowalska (1905-1938)

religiosa

Diario, nº 1692 (La Divina Misericordia en mi alma, Editorial Padres Marianos 4ª edic. autorizada Stockbridge, Massachussets 2001, p. 333, rev.)

Te adoro, Creador y Señor mío

Te adoro, Creador y Señor, oculto en el Santísimo Sacramento. Te adoro por todas las obras de Tus manos, en las cuales se me revela tanta sabiduría, bondad y misericordia. Oh Señor, has esparcido tanta belleza sobre la tierra y ella me habla de Tu belleza, aunque es sólo un pálido reflejo de Ti, belleza incomprensible. Y aunque Te has escondido y ocultado, y has ocultado Tu belleza, mi ojo, iluminado por la fe, llega hasta Ti y mi alma reconoce a su Creador, a su Bien supremo y mi corazón se sumerge completamente en una plegaria de adoración.

Creador y Señor mío, Tu bondad me animó a conversar Contigo. Tu misericordia hace que desaparezca el abismo que separa al creador de la criatura. Hablar Contigo, oh, Señor, es el deleite de mi corazón. En Ti encuentro todo lo que mi corazón puede desear. Aquí Tu luz ilumina mi mente permitiéndole conocerte a Ti cada vez más profundamente. Aquí torrentes de gracias fluyen sobre mi corazón, aquí mi alma obtiene la vida eterna.

Oh, Creador y Señor mío, además de ofrecerme estos dones, Tu Mismo Te entregas a mí y Te unes íntimamente a Tu criatura miserable. Aquí nuestros corazones se entienden sin buscar palabras; aquí nadie es capaz de interrumpir nuestra conversación. Aquello de lo cual hablo Contigo, oh Jesús, es nuestro secreto que otras criaturas desconocerán y por el cual los ángeles no se atreven a preguntar. Son los perdones secretos que conocemos sólo Jesús y yo, es el misterio de su misericordia que abraza a cada alma individualmente.

A causa de esta inconcebible bondad Tuya. Te adoro, oh Creador y Señor, con todo mi corazón y toda mi alma. Esta adoración mía es muy miserable e insignificante, no obstante estoy serena, porque sé que Tú sabes que es sincera aunque tan imperfecta...

Palabras del Santo Padre Francisco

«La gratitud ante los prodigios que realiza el Señor entre sus predilectos, los pobres y los pequeños a los que Él revela lo que es escondido a los sabios, también os puede ayudar a sustraeros de las insidias de los relegamientos autorreferenciales y a salir de vosotros mismos en el seguimiento a Jesús. La idea de una acción misionera autorreferencial, que se pasa el tiempo contemplándose e incensándose por sus propias iniciativas, sería en sí misma un

absurdo. No dediquéis demasiado tiempo y recursos a “miraros” y a redactar planes centrados en los propios mecanismos internos, en la funcionalidad y en las competencias del propio sistema. Mirad hacia fuera, no os miréis al espejo.» (*Mensaje SS Francisco a las Obras Misionales Pontificias, 21 de mayo de 2020*)

Meditación

Jesús, te doy gracias porque te conozco y porque me has revelado una dimensión que estaba oculta a mi entendimiento: ¡Dios es Padre! Te doy gracias, Jesús, porque cada acto de amor y entrega tuya es un acto que refleja el amor del Dios Padre hacia mí. Ayúdame a experimentar la paternidad divina, a sentirme realmente hijo tuyo y heredero de tu reino.

Concédeme, Padre Santo, apreciar como se merece este don de ser hijo tuyo y que no desee jamás apartarme de Ti con el pecado, y en caso de que lo haga, jamás dudar que estarás siempre ahí esperando a que yo vaya al sacramento de la confesión, para poder, así, experimentar tu amor paternal, como el hijo pródigo lo experimentó cuando vio a su padre al salir al encuentro de él, abrazándole y recibéndole con gozo en su hogar.

¡Gracias Padre porque me amas! ¡Gracias, Jesús, por quererme mostrar el amor del Padre sin límites! Espíritu Santo, ayúdame a aprender a ser hijo y heredero del Reino. María, enséñame a ser dócil a la voluntad de Dios y conservar todas estas cosas en mi corazón

Oración final

Mi boca publicará tu justicia,
todo el día tu salvación.

¡Oh Dios, me has instruido desde joven,
y he anunciado hasta hoy tus maravillas! (Sal 71,15.17)

JUEVES, 20 DE JULIO DE 2023

Aprender de Cristo

Oración introductoria

Espíritu Santo, me pongo ante tu presencia para adentrar en las verdades de la vida interior. Ahí quiero estar contigo, encontrar el consuelo de tu amor.

Petición

Jesús, manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.

Lectura del libro del Éxodo (Ex. 3, 13-20)

En aquellos días, al escuchar Moisés la voz del Señor entre las zarzas, le replicó: «Mira, yo iré a los hijos de Israel y les diré: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”. Si ellos me preguntan: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les respondo?» Dios dijo a Moisés: «“Yo soy el que soy”; esto dirás a los hijos de Israel: “Yo soy” me envía a vosotros». Dios añadió: «Esto dirás a los hijos de Israel: “El Señor, Dios de vuestros padres, Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me

llamaréis de generación en generación”. Vete, reúne a los ancianos de Israel y diles: El Señor Dios de vuestros padres se me ha aparecido, el Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, y me ha dicho: “He observado atentamente cómo os tratan en Egipto y he decidido sacaros de la opresión egipcia y llevaros a la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, perizitas, heveos y jebuseos, a una tierra que mana leche y miel”. Ellos te harán caso, y tú, con los ancianos de Israel, te presentarás al rey de Egipto y le diréis: “El Señor Dios de los hebreos, nos ha salido al encuentro y ahora nosotros tenemos que hacer un viaje de tres jornadas por el desierto para ofrecer sacrificios al Señor nuestro Dios”. Yo sé que el rey de Egipto no os dejará marchar ni a la fuerza; pero yo extenderé mi mano y heriré a Egipto con prodigios que haré en medio de él, y entonces os dejará marchar».

Salmo (Sal 104, 1 y 5. 8-9. 24-25. 26-27)

El Señor se acuerda de su alianza eternamente.

Dad gracias al Señor, invocad su nombre, dad a conocer sus hazañas a los pueblos. Recordad las maravillas que hizo, sus prodigios, las sentencias de su boca. R.

Se acuerda de su alianza eternamente, de la palabra dada, por mil generaciones; de la alianza sellada con Abrahán, del juramento hecho a Isaac. R.

Dios hizo a su pueblo muy fecundo, más poderoso que sus enemigos. A estos les cambió el corazón para que odiasen a su pueblo, y usaran malas artes con sus siervos. R.

Pero envió a Moisés, su siervo, y a Aarón, su escogido, que hicieron contra ellos sus signos, prodigios en la tierra de Cam. R.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 11, 28-30)

En aquel tiempo, tomó la palabra Jesús y dijo: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera».

Releemos el evangelio

Beato María-Eugenio del Niño Jesús (1894-1967)

carmelita, fundador de Nuestra Señora de Vida

La humildad (Je veux voir Dieu, Carmel, 1949), trad. sc@evangelizo.org

La humildad, perfume de Cristo

La humildad es fruto de la luz de Dios en el alma. Sería inútil pretender adquirirla por propios esfuerzos. (...) Es necesario pedir la luz de la humildad. Es esencial también recibirla bien. (...)

“Aprendan de mí, porque soy paciente y humilde de corazón” (Mt 11,29), proclama Jesús. La humildad y la paciencia son virtudes características, el perfume personal de su alma, el que deja al pasar e indica los lugares en los que reina. La humildad de Cristo Jesús, humildad ferviente por excelencia, procede de la luz del Verbo que habita corporalmente en él...Entre la naturaleza divina y la naturaleza humana de Cristo Jesús, unidas por la relación de la unión hipostática, subsiste la distancia hasta el Infinito...Este Infinito se junta con su humanidad y la sumerge en abismos de adoración y humildad dónde ningún hombre podría seguirla, ya que nadie ha contemplado tan cerca y profundamente al Infinito... Este Infinito es amor que se entrega, unción que se propaga, en la forma suave, apacible y beatificante de Cristo Jesús, enteramente paciente y humilde.

Humildad y paciencia, fuerza y suavidad, el perfume de Cristo es también perfume de humildad ferviente, signo auténtico de contactos divinos y llamado discreto pero firme a nuevas visitas de la Misericordia de Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«El cristiano aprende a ser sacramento vivo del diálogo que Dios quiere entablar con cada hombre y mujer, en cualquier situación que viva. Por tanto, es un diálogo que estamos llamados a realizar a la manera de Jesús, manso y humilde de corazón (cf. Mt 11,29), con un amor ferviente y desinteresado, sin cálculos y sin límites, respetando la libertad de las personas.» *(Discurso de S.S. Francisco, 31 de marzo de 2019).*

Meditación

Cristo, sabes cómo me encuentro en este momento. En un corazón como el tuyo encuentro el descanso de la búsqueda de la felicidad. Ahí está el manantial de donde salen todas las gracias para el hombre, de tu corazón. Me enseñas a estar con los amigos con quienes vas de paseo por el lago, luego la convivencia con Lázaro, Marta y María. También, me muestras tu cercanía y compasión por las personas necesitadas e iluminas con tu sabiduría a los sabios de tu tiempo, en fin, siempre tienes una actitud justa para el momento, según las necesidades. Sabemos lo que pasa conmigo y, sólo en Ti encuentro consuelo. Claro, que llevo cargas y, por esto, estoy fatigado y agobiado.

Me pides que aprenda de Ti, que aprenda a ser humilde de corazón. Esto quiere decir que toda mi persona esté convencida del amor tan grande de un Dios como Tú, en quien puedo confiar.

Tengo muchos proyectos, el ideal es muy alto y está bien para Ti, me animas y motivas a llegar a su cumplimiento.

Luego, me recuerdas que la cruz de cada día es suave y ligera, así es tu yugo. Tu cruz es suave, porque tu mirada está dirigida hacia el Padre que está en el cielo. Una mirada que nos muestra a un hombre sufriente con la esperanza indestructible. La cruz es ligera porque la cargas con amor, sabiendo que, por medio de ella, muchos se salvarán. Así pues, al momento en que me pides aprender de Ti, quieres decir que contemple tu rostro, y en esta contemplación, logre ver al Hijo amado donde me reflejo yo. Viéndome en Ti, viendo tu sufrimiento tomé mi cruz de cada día con el sentido de salvación. Todo lo que hoy me angustia, me entristece, me desalienta, me frustra, todo lo que me cansa es mi cruz, la cual te ofrezco, Padre, porque de tal cruz viene un sufrimiento que es un don para que muchos puedan alcanzar la salvación. Me pides aprender de Ti, a participar de la salvación de mis hermanos los hombres, ¡gracias!

Oración final

Pues en ti Señor está la fuente de la vida,
y en tu luz vemos la luz.

No dejes de amar a los que te conocen,
de ser fiel con los hombres sinceros. (Sal 36,10-11)

Oración introductoria

Señor, ayúdame para que pueda tener un corazón semejante al tuyo, manso, humilde y siempre dispuesto a perdonar.

Petición

No dejes Señor que me conforme solamente con «cumplir» en apariencia, dame tu gracia para ser un cristiano auténtico.

Lectura del libro del Éxodo (Ex. 11, 10-12, 14)

En aquellos días, Moisés y Aarón hicieron muchos prodigios en presencia del faraón; pero el Señor hizo que el faraón se obstinara en no dejar marchar a los hijos de Israel de su tierra. Dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. No comeréis de ella nada crudo, ni cocido en agua, sino asado a fuego: con cabeza, patas y vísceras. No dejaréis restos para la mañana siguiente; y, si sobra algo, lo quemaréis. Y lo

comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis.

Salmo (Sal 115, 12-13. 15-16be. 17-18)

Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor.

¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación invocando el nombre del Señor. R.

Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. R.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo.
R

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 12, 1-8)

En aquel tiempo, atravesó Jesús en sábado un sembrado; los discípulos, que tenían hambre, empezaron a arrancar espigas y a comérselas. Los fariseos, al verlo, le dijeron: «Mira, tus discípulos están haciendo una cosa que no está permitida en sábado». Les replicó: «¿No habéis leído lo que hizo David, cuando él y sus

hombres sintieron hambre? Entró en la casa de Dios y comieron de los panes de la proposición, cosa que no les estaba permitida ni a él ni a sus compañeros, sino sólo a los sacerdotes. ¿Y no habéis leído en la ley que los sacerdotes pueden violar el sábado en el templo sin incurrir en culpa? Pues os digo que aquí hay uno que es más que el templo. Si comprendierais lo que significa “quiero misericordia y no sacrificio”, no condenaríais a los inocentes. Porque el Hijo del hombre es señor del sábado».

Releemos el evangelio

Orígenes (c. 185-253)

presbítero y teólogo

Homilía sobre el Libro de los Números, n° 23 (SC 29)

“El Hijo del hombre es dueño del sábado”

No vemos que las palabras del Génesis: "el sábado Dios descansó de sus obras" se hayan cumplido en este séptimo día de la creación, ni tampoco se cumplan hoy. Vemos a Dios trabajando siempre. No hay sábado en el que Dios deje de trabajar, ningún día en el que "no salga su sol sobre buenos y malos y caiga la lluvia sobre justos e injustos", donde "no crezca la hierba sobre las montañas y las plantas estén al servicio de los hombres" (...), donde no haga "nacer y morir".

Así, el Señor responde a los que lo acusaban de trabajar y de curar en sábado: "mi Padre está trabajando ahora, y yo también trabajo" Mostraba así que, en este mundo, no hay sábado en que Dios deje de velar por el mundo y por el destino del género humano. (...) En su sabiduría creadora no deja de ejercer sobre sus criaturas su providencia y su benevolencia "hasta el fin del mundo". Pues el verdadero sábado donde Dios descansará de todos sus

trabajos, será el mundo futuro, cuando "dolor, tristeza y gemidos desaparecerán", y Dios lo será "todo en todos".

Palabras del Santo Padre Francisco

«El evangelista recuerda claramente el reproche de Jesús a los fariseos, que se dan con facilidad a retorcidas murmuraciones: “Andad, aprended lo que significa ‘Misericordia quiero y no sacrificio’”. Es una acusación directa contra la hipocresía estéril de quien no quiere “ensuciarse las manos”, como el sacerdote y el levita de la parábola del Buen Samaritano. Se trata de una tentación muy frecuente también en nuestros días, que se traduce en una cerrazón respecto a quienes tienen derecho, como nosotros, a la seguridad y a una condición de vida digna, y que construye muros -reales o imaginarios- en vez de puentes.» (Homilía SS Francisco, 6 de junio de 2018)

Meditación

En el Evangelio de hoy, Dios nuestro Señor nos deja un mensaje valiosísimo, nos dice: *Misericordia quiero y no sacrificios*. Necesitamos aprender de Jesús que en la vida hay situaciones en las que aparentemente deberíamos aplicar la ley; pero no la ley por la ley, pues de esta manera nos convertiríamos en unos legalistas, seríamos otros fariseos, sino la ley de Cristo que es el amor. Es el amor que puede trascender cualquier barrera, cualquier obstáculo, cualquier muro, por difícil que parezca.

Del amor de Cristo debemos aprender para las circunstancias de nuestra vida. Entonces, cuando se nos presenta la oportunidad de aplicar nuestro «legalismo» (que en el fondo todos tenemos un poco), podemos detenernos un poco y reflexionar, ¿qué haría Cristo en esta situación? Pero cuidado, que con esto no estoy diciendo que tenemos que dejarnos pisotear o cosa parecida, no. Cuando sea el

momento de corregir a alguien, corregirlo con amor, pero también, y lo más importante, estar dispuestos a perdonar y a pedir perdón.

Oración final

Señor, si acostado me vienes a la mente,
quedo en vela meditando en ti,
porque tú me sirves de auxilio
y exulto a la sombra de tus alas;
mi ser se aprieta contra ti,
tu diestra me sostiene. (Sal 63,7-9)

SÁBADO, 22 DE JULIO DE 2023
SANTA MARÍA MAGDALENA (F)

¿A quién buscas? Al amor de mi alma

Oración introductoria

Una cosa pido al Señor, morar en su casa todos los días de mi vida, gozar de su presencia y contemplar su templo santo. Dice de ti mi corazón: «busca su rostro». Sí, Señor, tu rostro busco, no me escondas tu rostro. (Salmo 27)

Petición

Dios mío, no permitas que las actividades diarias ni las atracciones del mundo me distraigan de mi fin último, de tu gloria y de tu servicio.

Lectura del libro del Cantar de los cantares (Cant. 3, 1-4ª)

Así dice la esposa: «En mi lecho, por la noche, buscaba al amor de mi alma: lo buscaba y no lo encontraba. “Me levantaré y rondaré por la ciudad, por las calles y las plazas, buscaré al amor de mi alma”. Lo busqué y no lo encontré. Me encontraron los centinelas que hacen la ronda por la ciudad: “¿Habéis visto al amor de mi alma?” En cuanto los hube pasado, encontré al amor de mi alma».

Salmo (Sal 62, 2. 3-4. 5-6. 8-9)

Mi alma está sedienta de ti, Dios. mío.

Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua.
R.

¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. R.

Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote. Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos. R.

Porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo.
Mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene. R.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn. 20, 1. 11-18)

El primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al señor y no sabemos dónde lo han puesto». Estaba María

fuera, junto al sepulcro, llorando. Mientras lloraba, se asomó al sepulcro y vio dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había estado el cuerpo de Jesús. Ellos le preguntan: «Mujer, ¿por qué lloras?». Ella les contesta: «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Dicho esto, se vuelve y ve a Jesús, de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabboni!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Comentario sobre San Juan, tratado 121,3; PL 35, 1955-1959

Tocar espiritualmente a Cristo

«Jesús le dijo: «Suéltame, que todavía no he subido al Padre». Estas palabras contienen una verdad que debemos examinar atentamente. Jesús enseña a esta mujer que le había reconocido como Señor y le había dado ese título, qué es la fe. El divino jardinero sembró un grano de mostaza negra en el corazón de María Magdalena, como lo habría hecho en un huerto... ¿Qué significa, pues: «Suéltame, que todavía no he subido al Padre»?

Con estas palabras Jesús quiso que la fe que se tiene en él, a través de la cual se le toca espiritualmente, llegue hasta creer que él

y el Padre son uno (Jn 10,30). Porque el que en él sigue progresando hasta reconocer que Jesús es igual al Padre, en cierta manera sube hasta el Padre en lo más secreto de su alma. De no ser así, no se toca a Cristo como él quiere, es decir, que no se tiene la fe que Jesús pide.

María podía creer en él y seguir pensando que no era igual al Padre, por eso las palabras: «Suéltame» le dan a conocer su error. Es lo mismo que decir: «No creas en mí según el espíritu en el que todavía estás: No te quedes pensando en que lo que he hecho por ti sin llegar a pensar en aquél por quien tú has sido hecha». ¿Cómo podía ella no seguir creyendo de manera puramente humana en aquel que lloraba como hombre? «Todavía no he subido al Padre». «Me tocarás cuando creas que soy Dios, y que soy perfectamente igual al Padre».

Palabras del Santo Padre Francisco

«Y en el Evangelio, el icono de la fidelidad: esa mujer fiel que nunca ha olvidado todo lo que el Señor ha hecho por ella. Ella estaba allí, fiel, frente a lo imposible, frente a la tragedia, una fidelidad que también le hace pensar que es capaz de llevarse el cuerpo... Una mujer débil, pero fiel. El icono de la fidelidad de esta María de Magdala, apóstol de los apóstoles. Pidamos hoy al Señor la gracia de la fidelidad: de darle las gracias cuando nos da certezas, pero nunca pensemos que son “mis” certezas y siempre, miremos más allá de nuestras propias certezas; la gracia de ser fieles incluso ante las tumbas, ante el hundimiento de tantas ilusiones. Fidelidad, que siempre permanece, pero no es fácil de mantener. Que Él, el Señor, sea quien la guarde.» *(Homilía de S.S. Francisco, 14 de abril de 2020, en santa Marta).*

Meditación

«Estando todavía oscuro, fue María Magdalena al sepulcro». La fe de María es duramente probada cuando se encuentra con el sepulcro vacío. Claramente, ella no piensa en que el Señor resucitó, sino que alguien se ha llevado el cuerpo de su Señor. ¿Qué significa este no encontrar el cuerpo de Jesús? Para María, significa no tener la imagen de aquel que expulsó de ella siete demonios, significa extrañar a aquel que ella amó porque le perdonó mucho. María no piensa en la resurrección, piensa en que todo se ha acabado, pues, se han llevado al Señor. En María, muchos de nosotros podríamos exclamar «en mi dolor te busqué y no te encontré, Señor Dios, no sé en dónde te han llevado, no sé en dónde te habrán puesto».

No permitamos que el dolor, la confusión o la aflicción ciegue nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor: Cristo Resucitado. Tengamos presente que cuando nos hallamos en medio de una gran confusión Él nos llama por nombre. Cuando nos encontremos en un callejón sin salida, Él nos llamará.

Oración final

Dios, tú mi Dios, yo te busco,
mi ser tiene sed de ti,
por ti languidece mi cuerpo,
como erial agotado, sin agua. (Sal 63,2)